

Joaquín Carbonell recuerda que le debe muchas cosas a Labordeta. En los últimos años, cuando el cáncer perseguía y debilitaba al cantautor, la convivencia fue muy próxima y vivieron momentos muy especiales. Hacen balance de su travesía y Labordeta le dice: «No, tú no eres un 'desgraciado'. Tú eres un 'pringao'. Como yo». Y Carbonell, entre otras cosas, le había escrito una albarda casi final («Me despido de mi tierra, / de mis montañas y ríos...»). Que Labordeta grabó y que provocó este comentario en internet: «La piel se me eriza, el estómago se me encoge; J. A. Labor-

deta, enfermo con solo días de vida por delante, canta esta canción que me deja mudo, ante tanta entereza y dignidad se enfrenta a una muerte anunciada y muy próxima. Cuando se miran de frente los vertiginosos ojos claros de la muerte, se dicen las verdades... Hasta siempre, comandante, y si es verdad que no hay Dios, alguien habrá para acogerte».

El autor de 'Querido Labordeta' reconstruye poco a poco a la vida de Labordeta. Ha hablado con muchos amigos: Pepe Melero, Antonio Pérez Lasheras (que da algunas de las mejores definiciones y reve-

la su generosidad: lo llaman de Jaca para dar un recital para un viaje de alumnos y Labordeta no solo no les cobra sino que les ayuda con dinero de su bolsillo), cantantes como Eduardo Paz, periodistas cercanos como Plácido Serrano o Antonio Gómez, amigos íntimos como Emilio Gastón y Eloy Fernández Clemente o la propia Juana. Y además Carbonell leyó sus libros, sus volúmenes de memorias, rastreó en muchos textos (el auroral de Mainer, el de Vázquez-Ballabriga) extrae numerosas anécdotas de Matías Uribe, crítico musical de HERALDO, recuerda que Andrés

Ruiz Castillo le censuró una entrevista al músico de cinco o seis folios, que Labordeta le confesó que era sordo de un oído y que le remitió desde el Congreso de los Diputados nueve folios con su tumultuosa caligrafía acerca de las claves de su discografía. Poco a poco, con entusiasmo y generosidad, Carbonell redondea un libro que no es tanto una biografía definitiva como un cálido perfil desde la proximidad y la complicidad. Un libro de una vida torrencial e inolvidable, llena de carisma y de amor a Aragón y a la libertad.

ANTÓN CASTRO

Carbonell: «Destaca 'Aragón', como el himno que situaba a los aragoneses en el mapa, como la carta de naturaleza hecha canción, la brújula para saber quiénes éramos en un tiempo en que la confusión propagada por todos los medios reaccionarios trataba de mostrar un territorio alegre» (De 'Querido Labordeta')



mino, guiños a los pequeños placeres con los que disfrutaba Félix: las piscinas, los juegos de palabras, los momentos de brindis y celebración... En 'Sonia y Natalia' el narrador nos habla de las dos mujeres a las que ha amado. Es un relato sensual sobre los momentos dulces compartidos y las tristes despedidas. Termina con: «Quise a Natalia y quise a Sonia. Incluso las quise al mismo tiempo. No puedo brindar sin acordarme de Natalia y no puedo no brindar sin acordarme de Sonia».

Las tres últimas piezas del libro son, también, un reflejo de sus inquietudes como escritor. En 'El hombre invisible y el zoo de los Bowles' Félix Romeo retrata a Paul Bowles, Jane Bowles y William S. Burroughs y su relación con los animales. A Félix le interesaban mucho las vidas de escritores, aunque, cuando leía acerca de ellos, decía que acababa poniéndose un poco triste. En este relato habla de un género, el de la «persecución», que él mismo practicó a veces. Cuando fue a Tánger intentó encontrarse con Paul Bowles y con Mohamed Chukri, pero no tuvo éxito.

Félix escribió varios microrrelatos. Uno de los más bellos es 'Temblor': un breve momento de felicidad y amor compartido, tan frágil como un leve terremoto.

El último relato que incluimos lo escribió en el verano del 2011, poco antes de su fallecimiento. Se titula 'Verano del 75' y narra unas vacaciones de infancia en Castellón. Con el trasfondo de la playa tardofranquista, el protagonista asiste a un espectáculo de vaquillas con el Bombero Torero, recorre un museo donde se exhiben mutaciones de animales, visita a una familiar ingresada en un manicomio y ve un incendio en la lejanía. En un apartamento atestado de gente, el protagonista se siente solo. Este relato es un final de nuestro viaje y un principio. Félix parece decirnos en él: de aquí es de donde vengo y no puedo evitar sentirme extraño.

EVA PUYÓ

*Eva Puyó es coeditora del libro de relatos con Chusé Raül Usón.

PERFIL EL AUTOR DE 'CARABINIERI' Y 'HAMBURGUESAS' RETRATA A SU HERMANO DE LECHE

Mi primo Félix



El niño Félix Romeo, que amaba el mar, las piscinas y el campo de La Romareda, en su hábitat predilecto: el agua. ARCHIVO FAMILIAR ROMEO PESCADOR

En una entrevista concedida a Joaquín Carbonell para 'El Periódico de Aragón' el 10 de enero de 1995, Félix Romeo declaraba: «Si yo tuviera un buen par de piernas no hubiera escrito una línea en mi vida...» Esas fueron las palabras que aparecieron publicadas y apuesto a que Félix dijo esas mismas palabras o unas muy parecidas durante su entrevista. Pero estas líneas no son sobre las palabras. Podrían serlo pero no. Estas líneas son sobre una ausencia física. La de Félix. Nacimos el mismo año y nos criamos juntos. Siempre mantuvimos una buena amistad, especial como todas las buenas amistades, aunque nunca me atrevería a incluirme entre sus mejores amigos, que eran (son) muchos y que compartió (todavía comparte) conmigo con la generosidad que le caracterizaba.

Pasamos gran parte de nuestra infancia juntos pero tampoco me atrevería a hablar del trineo de madera que le quemaron de pequeño (como al ciudadano Kane) porque creo que nunca le echaron al fuego ningún trineo. Si no recuerdo mal, Félix nunca tuvo un trineo.

Tal vez la historia de Félix, tal vez la histo-

ria individual de cada uno de nosotros, fuera (sea) la misma que la del patito feo. Cuando éramos niños, Félix, Paco y yo podíamos ser lo que se nos antojaba: podíamos ser grandes futbolistas, audaces karatekas, valientes soldados (alemanes o americanos, nos daba igual entonces), policías intrépidos y astutos espías; podíamos ser roqueros trepidantes y, acto seguido, los castores exploradores o la policía montada del Canadá. Nuestra energía y nuestra imaginación eran imparables. Tal vez, repito, sólo tal vez, la historia de Félix fuera la misma que la del patito feo, la de un ser cuya energía e imaginación no cabían en el sistema educativo tradicional ni en un mundo laboral estipulado. Por eso Félix tuvo que formarse a sí mismo a través de la lectura para trabajar incesantemente en el mundo de la cultura. Se vio así convertido en un hermoso

cisne al que le gustaba vestir de negro.

A Hans Christian Andersen, como a los guionistas de las comedias románticas, se le olvidó siempre (quizás no se le olvidó; quizás lo obvió conscientemente) contarnos qué les sucedía a los protagonistas de sus historias una vez terminado el cuento. Sabemos, sí, lo que hizo Félix cuando se convirtió en un hermoso cisne. Félix, rodeado de hermosas grullas, de hermosas cigüeñas, de hermosos gorriones, de hermosas pizarrazas y de hermosos cuervos, se dedicó con frecuencia a animar a cada uno de los que nos cruzábamos con él a abrir nuestras alas, a descubrir nuestra identidad y a perseguir nuestros sueños. Él se consideraba afortunado por haberse atrevido a hacerlo.

Ni Félix ni yo fuimos grandes atletas. Cuando íbamos a La Romareda juntos, de pie, primero, y luego sentados, durante todo el partido, los dos movíamos las piernas en cortos recorridos, tal vez como actos reflejos, tal vez soñando todavía que ese día formábamos parte del once titular y había que entregarse al máximo.

FERNAN DO MARTÍN PESCADOR

Félix se dedicó a animar a cada uno de los que nos cruzábamos con él

Puede adquirir los libros de PUZ en su librería habitual, en la ubicada en el Edificio Paraninfo o a través de nuestra página web: <http://puz.unizar.es>



Prensas de la Universidad
Universidad Zaragoza



Cuentos de plástico

Pedro Sierra

Premio Narrativa
Universidad de Zaragoza 2011



Poesía a contragolpe

Antología de poesía polaca contemporánea
(autores nacidos entre 1960 y 1980)

Selección y traducción
Abel Murcia, Gerardo Beltrán y Xavier Farré